

por el amor. Si por una parte es el resultado de la diferencia entre una sociedad justa y una fraternal es el amor reconciliador.

La liberación cristiana implica entonces la reconciliación, y la teología de la liberación implica igualmente una teología de la reconciliación, que supere las formulaciones “ideologizadas”, y se afine en las grandes actitudes evangélicas a que hemos hecho alusión: la lucha por la justicia, el perdón, la fraternidad universal y la cruz.

La teología de la reconciliación nos permitirá además reactualizar el Significado de los sacramentos, en este contexto de la liberación. Sobre todo la Eucaristía y la Penitencia, aptamente llamados los “sacramentos de la Reconciliación”. En ellos, ésta se nos da como fuerza victoriosa de Cristo Resucitado, que al reconciliarnos con Dios, inyecta en la sociedad y en la historia el misterio del Perdón y de la Misericordia, como dones gratuitos, inalcanzables para las puras fuerzas humanas, y que colman los vacíos en el camino de la justicia y de la solidaridad que buscan afanosamente los hombres.

Jesús y la Política de su Tiempo *

Pierre Bigo

Profesor de Sociología en el Instituto Pastoral del CELAM

Subyacente a los debates actuales de teología política, está latente cierta representación del rol de Jesús en las luchas políticas de su época y de su región. Más vale abordar este tema sin rodeos. Es cierto que la comunidad cristiana no es Cristo, y, además, la situación de Palestina en tiempos de Tiberio, no es la del mundo en el siglo XX. Pero Jesús ha actuado y hablado en una época agitada políticamente: este hecho no deja de tener importancia en la cuestión que se plantea aquí. Gracias a estudios recientes¹ podemos intentar captar más de cerca la realidad.

En efecto el contexto en que Jesús vivió y predicó, y donde murió, recuerda en muchos de sus rasgos el que nosotros conocemos.

La paz reina en Palestina y en el mundo romano. No se conocen las guerras, sino las reacciones clandestinas o violentas de los pueblos oprimidos que resisten su integración al Imperio. Sobre todo en Galilea, los

* Estas reflexiones constituyen un capítulo de la obra del mismo autor, que editará Ediciones Sígueme, Salamanca, España, con el Título: *Iglesia y revolución del tercer mundo*.

¹ Ver, por ejemplo, Oscar CULLMANN, *Jesús et les révolutionnaires de son temps*, Delachaux et Niestlé, 1970; E. STAUFFER, *Le Christ et les Césars*, Alsatia, 1956; Charles-Harold DODD, *Le fondateur du christianisme*, Seuil, 1972; J. GUILLET, *Jésus et la politique*, en “Recherches de science religieuse”, 4, 1967; Martin HENGEL *Jésus et la violence révolutionnaire*, Cerf, 1973.

guerrilleros se organizan contra la ocupación romana. ¿Qué posición asumirá Jesús en medio de las sublevaciones que hacen soñar a los movimientos palestinos?

Algunas fechas. Tiberio reina del año 14 al 37. La fecha más probable del nacimiento de Jesús se sitúa entre los 7 y 5 antes de nuestra era. El año 4 muere Herodes. Su muerte trae consigo la división de su reino. Herodes Antipas reina del año 4 al 39 sobre la Galilea y la Perea. Caifás es gran sacerdote del año 8 al 36. A partir del año 6, está presente en Jerusalén un procurador romano. Palestina vive bajo el régimen de protectorado. Poncio Pilato es procurador del año 26 al 37: es un hombre duro, cuya carrera terminará bruscamente.

Según las hipótesis más frecuentes, el bautismo de Jesús habría tenido lugar hacia enero del año 28, su muerte, en abril del año 30; la vida pública habría durado apenas más de dos años, que han cambiado el curso de la historia y la faz del mundo.

Epoca dramática para Palestina. Ella terminará con la toma de Jerusalén y la destrucción del templo el año 70: "La abominación de la desolación predicha por los profetas" (Mt 24,15). Todo el país sufre la humillación de la conquista. La opresión se materializa en el tributo pagado al César. El tributo, el impuesto, es el signo de la sumisión: los ciudadanos romanos no lo pagan. La revuelta es sorda y estalla algunas veces. Frente al ocupante, el país está dividido en facciones políticas opuestas.

Los herodianos y los saduceos representan la clase dominante: aceptan el yugo del César. Los grandes sacerdotes tienen la misma posición: se alían a los poderosos del momento.

Los fariseos, atados a la ley, son los "puros". Constituyen los grupos de resistencia. No aceptan el yugo romano.

La oposición intenta organizarse clandestinamente en grupos guerrilleros, sobre todo en Galilea. Parece que estos terroristas se llamaron zelotes. Se les conoce también como "Galileos". Lc 13,1, alude a "estos galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios". Poco antes de Jesús, Judas "el Galileo" había sido detenido y crucificado. Tenía su cuartel general en Sepporis, a 5 kilómetros al norte de Nazaret. Llamaba a la sedición. Predicaba el rechazo del tributo al César. Su movimiento era a la vez político y religioso: toda complacencia frente a los señores mortales es condenable, porque no hay más que un sólo Dios. De este modo, Judas el Galileo se apoyaba sobre la gran proclamación del Exodo que Jesús invocaría para rechazar la tentación política.

Es posible que Jesús haya tenido entre sus discípulos a hombres pertenecientes a los grupos de resistencia, en particular a Simón el Zelote. Quizás Barrabás y los dos "socios" crucificados con Jesús eran terroristas. Pero estas son sólo hipótesis.

En medio de estas facciones políticas, existían también movimien-

tos puramente religiosos. En el monasterio del Qumram, y sin duda en otras partes, vivían los Esenios, grupos comunitarios de pobreza y celibato. La figura de Juan Bautista se destaca: reúne a los Santos de los últimos días en vista del reino final de la Promesa.

En este contexto particular aparece Jesús. Muchos episodios de su vida no cobran sentido sino por estas circunstancias. ¿Cuál será la posición de Jesús? Tres episodios, en medio de muchos otros, tienen un relieve particular.

1. La Tentación en el Desierto (Mt 4, 1-11).

Estamos aquí ciertamente en presencia de un relato primitivo²: no parece posible que lo hayan inventado las primeras comunidades cristianas. Jesús está puesto frente a una opción. En este momento de su vida, está impulsado por una doble expectación del pueblo: la de Mesías, jefe político, nutrido en los movimientos clandestinos, o la de siervo humillado, nutrido en la profecía de Isaías, meditación constante de las comunidades religiosas. Mesianismo muy temporal en la masa, muy espiritual en algunos, capaces de reconocer, como el anciano Simeón y la profetisa Ana, el advenimiento de la salvación en la debilidad de un niño: "Mis ojos han visto", (Lc 2,30). Nada de político en esta epifanía.

Sobreviene entonces la tentación. Triple tentación. Jesús es tentado tres veces para poner la misión y la potencia divina de que dispone al servicio de una empresa terrestre. Tres veces apela al Único de Israel. Su triple tentación, es en realidad, la de su pueblo en el desierto y es rechazada por las grandes proclamaciones del Exodo.

Después de 40 días de ayuno, Jesús tiene hambre. Satanás le sugiere: manda que las piedras del desierto se conviertan en pan. El responde: "El hombre no vivirá únicamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

La segunda tentación es más insidiosa. Transportado sobre lo alto del templo, Jesús es invitado a lanzarse al vacío. No le pasará nada, porque él es aquél de quien se dijo: los ángeles te llevarán sobre sus manos. Jesús responde: "No tentarás al Señor tu Dios". Tentar a Dios, es poner a Dios a prueba, es exigir de él un signo, es poner una condición al amor de aquel que ama sin condiciones. El pueblo lo sabe bien, ya que ha puesto a prueba a Dios en el desierto.

Es la tercera tentación la que interesa más para nuestro propósito. Jesús se encuentra esta vez sobre una montaña muy elevada; el demonio le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, para decirle luego: "Yo te daré esto si te arrodillas y me adoras". Jesús responde: "Retírate Satanás, porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y no servirás sino a El".

² El hecho de que Satanás sea nombrado significa que el tentador está desmascarado y la tentación vencida.

Judas el Galileo invitaba a la sedición invocando el mismo texto. No podéis adorar al César, explicaba, porque debéis adorar al único Señor. Así mismo, no es la tentación de encabezar la sedición la que Jesús rechazaba explícitamente, ni la tentación herodiana de aliarse a los poderosos, de situarse de parte del ocupante. Es mucho más la tentación de someterse a la condición satánica: hacerse adorar, encumbrarse así a la gloria del César, llegando a ser como él el Señor deificado del Universo, “hijo de Dios”, pero en un sentido pervertido. Es expresamente esta tentación la que Jesús rechaza: revestido de todo el poder de la divinidad, Jesús puede conquistar el mundo y hacerse adorar en lugar de ser el siervo humillado y sufriente anunciado por Isaías. Plagio diabólico, en verdad, porque esto supone postrarse ante Satanás y cambiar su divinidad auténtica por una divinidad demoníaca. La respuesta de Jesús no tendría sentido si la tentación política no hubiera asumido esta forma.

En este instante, se jugó la suerte de la humanidad. En un combate supremo contra el tentador, Jesús escogió adorar a Dios, es decir, permanecer como el siervo, el Hijo, rechazando otra realeza que no fuera la que le había sido conferida. Si no hubiera hecho esta elección, la humanidad habría quedado sometida al poder de las tinieblas: la concupiscencia de los ojos, esta “gloria” de los reinos que Satanás le propone, el orgullo de la vida, el espíritu de domino, todas las formas de la voluntad de poder. Son ellas las que han sido aquí derrotadas, dejando lugar al único Reino, hecho con la pobreza, la humillación y los sufrimientos del siervo. De esta manera, Jesús es el Hijo de Dios. Así es Rey. Porque ha rehusado la adoración que exigen los príncipes terrenales es adorable en verdad. Y esta renuncia lo introduce en el corazón mismo de la sociedad, en un enfrentamiento dramático a los poderosos que le costará finalmente la existencia. Con este acto se derrumba una mitología política.

Quizás Satanás ha dejado entrever a Jesús que él podría conquistar los reinos llegando a ser el jefe político de su pueblo, el líder de la guerrilla. Es necesario más bien retener el episodio de la tentación, la renuncia de Jesús a convertir su misión mesiánica en misión política. En esta forma, Jesús desacraliza definitivamente el poder y se compromete con el corazón mismo de la “política”, en una lucha a muerte con “los principados y las potestades” (Col 2,15) y con una mitología de poder³.

2. El denario del César.

Más característico todavía, para el tema que nos ocupa, es el episodio del denario del César (Mc 12,13-17). Según Marcos, los que inte-

³ En un mundo secularizado, la triple tentación del pan, del milagro y del poder, revestirá formas distintas, pero seguirá fundamentalmente idéntica.

rrogan a Jesús, son fariseos y herodianos, por tanto rebeldes y colaboradores. Lucas ha eliminado a los fariseos, tal vez para hacer la escena más plausible.

“¿Está permitido, o no, pagar el tributo al César?” En verdad, la pregunta es terrible. Jesús está perdido, cualquiera sea su respuesta. Si responde no, ofrece a los herodianos y a los sacerdotes el arma que esperan: es el hombre de la sedición, a quien Pilato no titubeará en condenar.

Jesús responde con una acción: se hace traer un denario. Es difícil hoy día imaginarse la gravedad de esta escena. La efigie del Emperador tenía una significación temible, no se la podía profanar. Todos los que no le manifestaban respeto, eran tratados como criminales. Sobre una cara de la medalla, figuraba Tiberio, con la corona de laurel, símbolo de la divinidad. Al reverso Livia, viuda de Augusto y madre del Emperador, sentada sobre el trono divino, y sosteniendo el cetro divino. Si el denario que fué presentado a Jesús llevaba la inscripción en latín, estaba escrito: “Tiberius Caesar, Divi Augusti Filii Augustus Pontifex Maximus”. En griego, la inscripción era más explícita aún: “Emperador Tiberio, Hijo adorable de Dios adorable”. En verdad, esta medalla era provocadora. La respuesta de Jesús no asume toda su significación sino en este contexto: el poder es divino, y se le debe un culto y adoración.

Esta respuesta es por sí misma un acto de rebelión. “Dad a Dios lo que es de Dios”. Alusión evidente al mandamiento de los mandamientos: sólo a Dios adorarás. Jesús rehusa al César lo que él exige. Opción de civilización, opción cultural de una inmensa proyección. Los mártires no serán portadores de otro testimonio. Se alzarán siempre que el poder no reconozca lo que está sobre él y que lo juzga, cuando pretenda obtener sus títulos sólo de él mismo, igualándose a la divinidad.

Pero la respuesta de Jesús es también un rechazo a identificarse con la rebelión. “Dad al César lo que es del César”. Es lo mismo que decir: en la medida en que aceptan su moneda, su orden y su paz, paguen su tributo. La tradición no ha retenido sino este aspecto de la afirmación de Jesús. Era una parte de su verdad. El poder no es ilegítimo. Es necesario observar sin embargo, que Jesús ni da su adhesión al César, ni condena la resistencia política. Únicamente afirma: ustedes aceptan un régimen utilizando su moneda.

La respuesta de Jesús ofrece amplia posibilidad a sus adversarios para acusarlo. Mentirán cuando afirmen ante Pilato: “Este hombre prohíbe pagar el tributo al César” (Lc 23,2). Pero podrán decir: “Este hombre pervierte la nación”: el precepto de adorar sólo a Dios era subversivo.

La misión de Jesús tiene una dimensión política, porque pone en cuestión el poder, todos los poderes, cuando tienden a divinizarse, a absolutizarse. Pero no es una empresa política. Es lo que ha significado Jesús a sus adversarios.

3. El Interrogatorio de Pilato (Jn 19, 33-38).

El Evangelio de Juan fué redactado más tarde que los tres sinópticos, hacia fines del siglo primero. Los términos herodianos, saduceos, fariseos no eran familiares a los contemporáneos: Juan no habla a menudo sino de los "Judíos". Pero permanece asombrosamente exacto en algunas de sus indicaciones. Y el diálogo con Pilato lleva el sello de esta precisión: no adquiere todo su sentido, sino en función de un contexto político olvidado.

Pilato acaba de salir del pretorio, donde los "Judíos" no han querido entrar para no incurrir en impureza el día sábado. Sostiene con ellos un diálogo rápido: "¿De qué acusáis a este hombre? . Es un malhechor —Juzgadle vosotros mismos—. No nos está permitido condenarlo a muerte".

Pilato ha entendido bien: Jesús es acusado de sedición. Tan pronto como hace comparecer a Jesús, va directamente al hecho: "¿Eres tú el Rey de los Judíos? ".

Igual que en el caso del tributo al César, la respuesta de Jesús es doble; el paralelismo es significativo. Jesús afirma de entrada: mi reino no es de este mundo. Y ofrece la prueba: no tengo armas ni gente armada. Mi realeza no utiliza ningún medio de coacción y de represión al estilo de los reyes terrenales: consiste en dar testimonio de la verdad, y se viene libremente a mí si se escucha mi voz, por la sólo fuerza de la verdad. Pilato responde simplemente: "Qué es la verdad? ". Se puede pensar que su interrogación se refiere al conjunto de la respuesta de Jesús: ¿qué es lo que tú quieres decir sobre el testimonio de la verdad y sobre esta realeza extraña?

Pilato está plenamente convencido: Jesús no ha encabezado una sedición, una guerrilla. No es peligroso. Por tres veces consecutivas Pilato diría a los Judíos: "No encuentro ningún crimen en él".

Pero Jesús afirma también: Yo soy Rey. Ser Rey es ser Hijo de Dios. Los Judíos se encargarán inmediatamente de recordarlo a Pilato: "Tenemos una ley, debe morir porque se ha hecho hijo de Dios" (19,7). Pretensión sacrílega a los ojos de Pilato, igual que la respuesta "Dad a Dios lo que es de Dios".

Por esta razón, cuando los Judíos insisten, Pilato les entrega a Jesús. En efecto, a su juicio no es un rebelde, un nuevo Judas Galileo. Pero se proclama Rey y aunque su realeza no dispone de fuerzas armadas, niega al César filiación divina. Cuando los Judíos gritan: "Cualquiera que se hace Rey se declara contra el César", tocan el punto justo. Pilato trata de defenderse una vez más: "¿Crucificaré a vuestro Rey? ". Pero ellos son intransigentes. "Crucifícale". y llegan hasta el servilismo: "Nosotros no tenemos otro Rey sino el César". Entonces se lo entrega.

De esta manera, lo que queda en claro a través de los tres episodios no es de ninguna manera una especie de descompromiso por parte de

Jesús. Sólo con su conciencia, frente a sus adversarios y en presencia de Pilato, Jesús afronta el poder en su pretensión de negarse como relación, de afirmarse como totalidad. En realidad señala el fin de un mundo. Fin del mundo pagano, donde el poder se reviste de la aureola de un nimbo religioso. Pero también el fin del mundo judío, donde la alianza divina se identifica con un dominio terrestre. Ahora bien, tanto la tentación del pagano como la del judío renacen sin cesar.

No hay, pues, en la posición de Jesús, neutralidad alguna: el combate que ha librado contra los poderosos es una lucha secular que no se acabará sino con el fin de los tiempos. Pero no hay tampoco ninguna confusión: no es a una empresa política a lo que Jesús invita a los suyos.

Se ha podido ver, con razón, en esta posición "el advenimiento histórico de la política y de la fe a su verdadera esencia". Agregaríamos: a su verdadera relación. Más que cualquier programa de partido, el mensaje de Jesús tiene una dimensión política y puede conducir a la muerte. Pero no es un mensaje político, porque no propone ni una ideología ni una estrategia. En esta diferencia se expresa todo el misterio de la Iglesia en su relación con el mundo.

Un Problema Fundamental de Pastoral Litúrgica Adaptación y Encarnación en las Varias Culturas

Carlo Braga, C.M.

Profesor de Liturgia en el Instituto Pastoral del CELAM

Han pasado más de diez años desde que la promulgación de la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, y el camino de revisión de los libros litúrgicos, en la línea trazada por el Concilio, está llegando a su fin por lo que se refiere al trabajo de la autoridad central. Queda todavía una parte notable de la actividad propia de las Conferencias Episcopales para traducir a las varias lenguas los libros renovados y promover la aplicación según el espíritu pastoral que ha inspirado y animado la obra de la reforma; un camino todavía largo y no falto de dificultades, sobre todo porque se trata no solo de la aplicación de las normas a seguir, sino sobre todo de realizar un cambio de espíritu y de mentalidad.

No faltaron en el aula conciliar las voces que pedían para la liturgia una diversificación suficiente, que respondiese a las varias culturas y civilizaciones, para asegurar una comunicación más directa y eficaz del misterio cristiano¹.

¹ En realidad, la atención de los Padres se concentró, casi exclusivamente, en el problema de la lengua litúrgica; menos directamente sobre el problema específico de la adaptación. Con relación a este segundo punto, indicamos, a modo de ejem-